



TÉRMINOS CLAVES DE LA TEORÍA
POSCOLONIAL LATINOAMERICANA:
DESPLIEGUES, MATICES, DEFINICIONES

LAURA CATELLI Y MARÍA ELENA LUCERO
EDITORAS

CIETP

Catelli, Laura

Términos claves de la teoría poscolonial latinoamericana : despliegues, matices, definiciones / Laura Catelli y María Elena Lucero. - 1a ed. - Rosario : UNR Editora. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2012.

CD-Rom.

ISBN 978-950-673-999-7

1. Estudios Culturales. I. Lucero, María Elena II. Título
CDD 306

Fecha de catalogación: 04/12/2012

Diseño del logo: María Elena Lucero

Diseño editorial y del Cd-Rom: Florencia Garat

©Centro de Investigaciones y Estudios en Teoría Poscolonial, UNR 2012

Facultad de Humanidades y Artes

Entre Ríos 758

(2000) Rosario, Argentina

5	Prólogo
8	Agradecimientos
	INTERVENCIONES
11	Colonialismo acá y allá: Reflexiones sobre la teoría y la práctica de los estudios coloniales a través de fronteras culturales Gustavo Verdesio
25	Temporalidades yuxtapuestas en la contemporaneidad latinoamericana: nacionalidad, colonialidad y poscolonialidad Álvaro Fernández Bravo
	DESPLIEGUES, MATICES, DEFINICIONES
50	El otro subalterno y liminar: un análisis de caso en el discurso de la colonia y en el del imperio Diego Alberto Beltrán
62	Cartografías de lo subalterno. Grietas, fisuras y dislocaciones de las democracias latinoamericanas Ana Victoria Britos Castro
73	Caribe, herida colonial y pensamiento fronterizo Claudia Caisso
89	Los estudios coloniales, el pensamiento decolonial: un diálogo pendiente Laura Catelli
99	Acerca de la literatura latinoamericana reciente o ¿Qué hay de poscolonial en la posautonomía? Leonel Cherri
111	Transculturación y alteración de la historia en El Reino de este mundo de Alejo Carpentier Sonia Contardi
121	El problema de la colonialidad en la construcción de identidades nacionales en Iberoamérica, una reflexión desde la Historia Gabriela Couselo
137	Desde la educación: una aproximación al debate poscolonial y de los estudios culturales Inés Fernández Mouján
153	Pensar lo nuestro otro... Algunos aportes desde Rodolfo Kusch al pensamiento poscolonial Carlos C. Fernández
179	Tres notas para escribir historias poscoloniales Manuel Fontenla
190	Conversaciones entre la poscolonialidad y el latinoamericanismo Paola Gramaglia
201	Pensar e intervenir en la Cuestión Social: el Trabajo Social desde un enfoque poscolonialista María Eugenia Hermida Paula Meschini

- 219 Constructos sobre la identidad. Imaginarios femeninos y discurso colonial
María Elena Lucero
- 234 ¿Es posible pensar un sujeto colectivo emancipador?
Roberto Daniel Maruenda
- 246 Postoccidentalismo, una relectura desde la historicidad rioplatense
Aixa Noemí Mega
Mariela Satto
- 260 Colonialidad y pensamiento disruptivo
Virginia Gorr
Gabriela Nogués
- 267 Pensamiento Decolonial en el arte y la literatura. La Improvisación teatral como acontecimiento pluritópico. Una lectura de la Performance: "NK 603: Acción para Performer & e-maíz"
Norma Noemí Pellegrino
- 278 La participación de los sectores populares contemporáneos en el proceso de construcción de una idea de lo nacional
Jorgelina Loza
- 289 Identificaciones subalternas: reflexiones teóricas sobre el uso del hijab a partir de un estudio de caso en la Ciudad Buenos Aires
Juan Pablo Puentes
Angélica Carrizo Bonetto
- 304 Colonialismo y neobarroco. Revisión de los ensayos críticos de Severo Sarduy
Silvana Santucci
- 316 Exhibiciones latinoamericanas y propaganda panamericanista. El desplazamiento de América latina en el reordenamiento del mundo moderno/colonial
Fabiana Serviddio
- 329 Diferencia cultural, tiempo y espacio: notas de y para una investigación en torno a la alteridad indígena
Sofía Soria
- 345 Matrices coloniales: de Lucía Miranda al "encuentro de Cajamarca"
Silvia Tieffemberg
- TEXTO COLECTIVO
- 355 Conocimientos de otro modo: la opción decolonial y la academia argentina
Coord. Zulma Palermo
- 381 PROGRAMA I COLOQUIO DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS EN TEORÍA POSCOLONIAL

El problema de la colonialidad en la construcción de identidades nacionales en Iberoamérica, una reflexión desde la Historia

Gabriela Couselo

ISHiR – CONICET / UNR / CIETP

eiby_couselo@hotmail.com

Resumen

En esta colaboración proponemos analizar la influencia de la dominación colonial en la construcción de identidades nacionales en Iberoamérica. Con este fin, realizamos una reflexión teórica, cuyos ejes serán la identidad nacional y la colonialidad, y un recorrido histórico por algunos escenarios latinoamericanos con el fin de ilustrar algunas cuestiones o ensayar comparaciones. Más allá de lo amplio de la propuesta, resulta necesario aclarar que nos centraremos con particularidad en el quiebre que supone el siglo XIX como momento de ruptura con la metrópoli y comienzo de los procesos de independencia. Por otra parte, por un defecto de mirada, quizás de forma inconciente y natural tendamos a orientar nuestras reflexiones al Cono Sur del Sur del continente y, más específicamente, al Río de La Plata.

Palabras clave: Identidad; Colonialidad; Nación.

En un momento en que las identidades se presentan como entidades en crisis, pero conservando su capacidad de despertar pasiones y de provocar profundos conflictos, no deja de resultar atractivo repensar la conformación de estas construcciones en un territorio como América Latina – más específicamente para este caso, Iberoamérica – signado y definido a partir de su condición

de ex-colonia. La capacidad de estos artificios de producir adhesión y compañerismo genera, al menos, incomodidad, y es por ello que estudiarlos científicamente y a partir de nuevos enfoques resulta casi inescapable.

En general, podemos sostener que existen múltiples parámetros que permiten definirnos, pero privilegiar ciertas identidades respecto de otras constituye un problema del que se desprenden diferentes aristas. Eric Hobsbawm sostiene que el “sentimiento de pertenencia” es siempre una cuestión de contexto y de definición social, destacando el carácter multidimensional de los sujetos: “No existen límites en la cantidad de formas en las que podría autodefinirme (...) para ciertos propósitos elegiré privilegiar una identidad antes que otra, pero sin suponer, ni por un instante, que esa excluirá a las demás” (Hobsbawm 1993-94, 9).

De un modo más específico, nos proponemos – a partir del supuesto de que los países que habían pertenecido a la órbita del Imperio español sufrieron vivencias similares – esbozar la influencia de la dominación colonial en la consiguiente construcción de una identidad nacional diferenciada de la metrópoli. En este sentido, resulta necesario explicitar hasta qué punto la experiencia de la *colonialidad* está presente en las historias de las futuras naciones latinoamericanas y, en cierta forma, es fundante de ellas.

De hecho, las circunstancias de post dominación determinan, aún hoy, la defensa de una identidad confusa y traumática. Según Michel Bertrand (2005), en América Latina se pueden distinguir tres grandes conjuntos étnico-geográficos que se yuxtaponen en la pertenencia común al subcontinente. La <América Latina Blanca> coincide, quizás con una cierta dosis de simplificación, con los países del Cono Sur, donde prevalecieron las oleadas inmigratorias europeas de fines del siglo XIX y principios del XX. La <América Negra> se encuentra en las Antillas, en aquellas regiones abiertas a las costas del Atlántico y el Pacífico, donde prevaleció, evidentemente, la raíz africana de los esclavos importados para la producción en las plantaciones. Por último, la <América India> abarca desde las grandes mesetas del Anahuac hasta las cimas de los Andes Meridionales, y es en estas zonas donde la dominación española se impuso con el objetivo de fragmentar los orígenes étnicos y someter a sus habitantes a un intenso proceso de mestización.

Más allá de cierta simplificación en el planteo de Bertrand, quien omite el “problema” Brasil, sus reflexiones dan una pauta sobre la determinación de la dominación colonial en las

identidades latinoamericanas. En general, este origen común supuso, además, un devenir bastante cercano en experiencias que afectaron las construcciones y definiciones de las futuras naciones. Sin entrar en detalles excesivos, y por recurrir a un ejemplo cercano y evidente, las últimas dictaduras militares en el Cono Sur impusieron una idea de nación volcada hacia la derecha, enfatizando la proclama “Dios, patria y hogar”. Por otra parte, desde los últimos años del siglo pasado estamos viviendo una reconciliación de la nación con los sectores subalternos, quienes enfatizan el rechazo a la economía globalizada argumentando la nacionalidad de los recursos del suelo.²⁸

Recapitulando, lo que se propone en estas páginas, entonces, es una reflexión teórica, cuyos ejes serán la identidad nacional y la colonialidad, y un recorrido histórico por algunos escenarios latinoamericanos con el fin de ilustrar algunas cuestiones o ensayar comparaciones. Lo que se tendrá en cuenta en relación a esta propuesta es la determinación de los protagonistas de las independencias y, en consecuencia, los gestores de las naciones en ciernes: criollos, indios, mestizos, esclavos... Más allá de lo amplio de la propuesta, resulta necesario aclarar que nos centraremos con particularidad en el quiebre que supone el siglo XIX como momento de ruptura con la metrópoli y comienzo de los procesos de independencia. Por otra parte, por un defecto de mirada, quizás de forma inconciente y natural tendamos a orientar nuestras reflexiones al Cono Sur del continente y, más específicamente, al Río de La Plata.

Algunas referencias teóricas y postulados generales

Retomo el concepto de *colonialidad* de Aníbal Quijano, quien lo entiende como un elemento del poder capitalista que se origina en América e impone una “clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho poder (...) con América Latina, el capitalismo se hace mundial, euroconcentrado y la colonialidad y la modernidad se instalan asociadas como los ejes constitutivos de su específico patrón de poder” (Quijano 2000, 342).

²⁸ Un interesante trabajo al respecto es el de Edgardo Manero (2005), quien recorre los postulados ideológicos y las prácticas de resistencia del EZLN mexicano, el MAS boliviano, el chavismo venezolano, el movimiento piquetero argentino, entre otros, con el fin de demostrar el nuevo acercamiento a la idea de nación que se realiza desde una perspectiva resistente al neoliberalismo.

Además de esta precisión conceptual, lo interesante del planteo de Quijano es el punto de partida que elige para su análisis. Asumiendo que somos creados a partir de la mirada imperial europea, propone una visión que reconozca esta condición de origen y postule un cuestionamiento de ese eurocentrismo. Esta percepción del mundo con centro en Europa estaría determinada desde el siglo XV, pero es a partir del siglo XIX, con la formación de las disciplinas académicas, que estas diferentes percepciones entre un mundo civilizado y uno primitivo se constituirán de forma definitiva y duradera:

entre fines del siglo XVIII y fines del siglo XIX, cuando ya la percepción de la totalidad desde Europa, por entonces el centro del mundo capitalista, ya ha sido definitivamente organizada como una dualidad histórica: *Europa y No-Europa*. En No-Europa habían sido impuestas identidades “raciales” no-europeas o “no-blancas”. Pero ellas, como la edad o el género entre los “europeos”, corresponden a diferencias “naturales” de poder entre “europeos” y “no europeos”. En Europa están en formación o ya están formadas las instituciones “modernas” de autoridad: los “estados-nación modernos” y sus respectivas “identidades”. En No-Europa sólo son percibidas las tribus o las etnias, el pasado “pre-moderno” (Quijano 2000, 366).

Walter Mignolo, desde una perspectiva similar, enfatiza la trascendencia de la expansión europea del siglo XV en la conformación del capitalismo y la institucionalización de la Modernidad. La relación entre Europa, como centro de dominación, y sus colonias se estructuró a partir y por la construcción del *imaginario colonial* y, en este sentido, “la colonialidad del poder es el eje que organizó y organiza la diferencia colonial, la periferia como naturaleza” (Mignolo 1993, 57). Más adelante veremos cómo la *doble conciencia* que genera la *diferencia colonial* será determinante en el accionar de los criollos durante las independencias.

Desde esta perspectiva, la colonialidad es un elemento fundamental en la construcción de las futuras identidades nacionales latinoamericanas. Brevemente, debo mencionar que recurro al concepto de *identidad* entendido como un complejo proceso de construcción individual y colectiva. Eduardo Grüner, además de resaltar lo artificial de la identidad en tanto construcción, destaca que se constituye ideológicamente en una relación especular con alguna ‘alteridad’. Este autor sostiene que la Modernidad Burguesa necesitó ese concepto para atribuírselo en primer término al *individuo* y luego a las naciones: “La construcción de una identidad nacional en la que

todos los súbditos de un Estado pudieran reconocerse simbólicamente en una cultura compartida fue desde el principio un instrumento ideológico de primera importancia” (Grüner 2003, 349).

De un modo más estricto, Benedict Anderson (2007) propone definir a la nación como una comunidad política imaginada inherentemente limitada y soberana. Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, es *limitada* porque todas tienen fronteras finitas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones, y es *soberana* porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico. Finalmente, la nación se imagina como *comunidad* porque se concibe siempre como un compañerismo profundo, y es esta fraternidad la que ha permitido que tantos millones de personas maten y, estén dispuestos a morir por imaginaciones tan limitadas.

Elías Palti, analizando la construcción de las naciones en América, sostiene que esta idea conlleva una serie de supuestos que no son siempre evidentes. Teniendo en cuenta esta advertencia, propone que una *identidad nacional* presupone dos premisas: “la de *unidad* (es decir, la existencia de ciertos rasgos comunes que pueden reconocerse por igual en los connacionales de todos los tiempos, regiones y clases) y la de *exclusividad* (que tales rasgos distinguen a éstos de los miembros de las demás comunidades nacionales)” (Palti 2006, 132)

Finalmente, las identidades nacionales están íntimamente vinculadas con los imaginarios sociales, los cuales pueden definirse como referencias específicas en el vasto sistema simbólico que produce toda colectividad y a través del cual ella se percibe, se divide y elabora sus identidades, expresando e imponiendo ciertas creencias comunes. Al ser “sociales” suponen una doble actividad, ya que dejan entrever que la actividad del imaginante está orientada hacia la producción de representaciones globales de la sociedad y, al mismo tiempo, lo “social” manifiesta la inserción de dicha actividad individual en un fenómeno colectivo (Baczko 1991). Los imaginarios tienen, además, un caudal poético que los vincula con las identidades y la memoria colectiva, pudiendo ser definidos como un “rosario de narraciones ensartadas e un macro-relato fluido y ordenador, emblemático y cohesivo como el inconsciente” (Rotker 1999, 12).

Revoluciones, guerras e independencias: un largo camino de identificación nacional.

A partir de lo señalado en las páginas precedentes, nos proponemos explorar algunas ideas generales sobre las particularidades latinoamericanas al formular una identidad nacional. En este recorrido por demás de sinuoso participarán diferentes actores que complejizan la cuestión; criollos, indios, mestizos, negros, mulatos...comparten un espacio conflictivo de identidades en disputa. Tal es así, que las similitudes se disipan en los espacios donde prevalecen unos y otros, aunque siempre permanece como rasgo común el antecedente inmediato de la dominación colonial.

Al preguntarse por la construcción de identidades nacionales en territorio americano, José Carlos Chiaramonte afirma que para el siglo XIX, momento de las guerras de independencia, no existía nada parecido a las naciones o las identidades que conocemos actualmente. Enfáticamente llega a afirmar que “en tiempos de las independencias iberoamericanas no existían ni las naciones ni las nacionalidades actuales, que fueron producto y no causa de aquéllas; los primeros organismos estatales independientes y soberanos no fueron naciones” (Chiaramonte 2005, 29).

Desde una perspectiva cercana, Mónica Quijada (1994) señala que en el camino hacia la emancipación americana, la nación y la patria – equiparada a la libertad y asociada al primer lugar de origen – guiaron a los independentistas en su lucha por distanciarse de la Corona Española. De todos modos, éste no fue un proceso ordenado y lineal, ya que el concepto de *nación española* convivió con el de *nación americana* y con el más restringido asociado a la patria, llegando a interactuar durante varias décadas después de las independencias.

Benedict Anderson (2007), a quien ya hemos hecho referencia, percibe en la conformación de los estados americanos posteriores a las guerras de independencia una “irregularidad” respecto a lo que serían las reacciones lógicas que alberga el nacionalismo. La difusión de lenguas impresas cumplió para este autor un rol fundamental en la difusión de las *comunidades imaginadas*. Sin embargo, para los criollos americanos la *lengua* no era un elemento que los diferenciara de sus metrópolis imperiales; de hecho eran estados formados y dirigidos por personas que compartían una lengua y una ascendencia comunes con aquellos

contra quienes luchaban.²⁹ Ante esta irregularidad, la explicación más aceptada para los impulsos independentistas se centra en el fortalecimiento del control de las fuerzas imperiales y la difusión de las ideas liberalizadoras de la Ilustración en la segunda mitad del siglo XVIII. Frente a este diagnóstico, el autor encuentra un principio de explicación en que cada una de las nuevas repúblicas sudamericanas había sido una unidad administrativa desde el siglo XVI hasta el XVIII, de donde se desprende que habían sido, además, zonas económicas separadas del resto de las colonias. Anderson considera que para entender cómo estas unidades administrativas pudieron llegar a ser concebidas a través del tiempo como patrias, es pertinente examinar las formas en que los organismos administrativos crean un significado. En este punto de su reflexión, es interesante el modo en que argumenta el fracaso del traslado de las maniobras absolutistas – principalmente generando una burocracia leal – destinadas a aunar el reino y garantizar la administración. Desde el punto de vista del soberano, los criollos americanos, cuyo número crecía de continuo, al igual que su arraigo local con cada nueva generación, planteaban un problema político sin precedente en la historia, ya que obstaculizaban el desempeño de los funcionarios peninsulares. Esto es así porque

los criollos disponían en principio de los medios políticos, culturales y militares necesarios para hacerse valer por sí mismos. Constituían a la vez una comunidad colonial y una clase privilegiada. Habrían de ser económicamente sometidos y explotados, pero también eran esenciales para la estabilidad del imperio (Anderson 2007, 93).

Elías Palti, por su parte, se distancia de Anderson afirmando que

en la América hispana, ninguno de aquellos elementos a los que usualmente se apela como para tales construcciones (lengua, etnicidad, tradiciones) parecía susceptible de

²⁹ Esta preeminencia de la difusión de las lenguas vernáculas también es advertida por Eric Hobsbawm cuando esboza los términos y la difusión del protonacionalismo. Según el autor, la lengua crea una comunidad de esta elite intercomunicante que, si coincide o es posible hacerla coincidir con determinada zona de estado territorial o vernácula, puede ser una especie de modelo o proyecto piloto para la comunidad intercomunicante más amplia de la nación que todavía no existe. En segundo término, una lengua común, justamente porque no se forma de modo natural, sino que se construye, y en especial cuando se publica forzosamente, adquiriría una fijeza nueva que la hacía parecer más permanente y, por ende, más eterna de lo que realmente era. Finalmente, la lengua oficial o de cultura de los gobernantes y la elite generalmente llegó a ser la lengua real de los estados modernos mediante la educación pública y otros mecanismos administrativos (Hobsbawm 2004).

llenar las exigencias de *unidad y exclusividad* requeridas. En principio, no habría forma de justificar racionalmente (más allá de la pura contingencia de la suerte en el campo de batalla) por qué Bolivia o Paraguay son naciones independientes y no lo son las provincias del Litoral argentino... (Palti, 2006,133).

Más allá de esta certera afirmación, el mismo autor aclara que el hecho de que no existiera aún un concepto de *nacionalidad* no quiere decir que no haya surgido un cierto sentido de nación; de no ser así, “la idea independentista habría sido simplemente inconcebible”. Con el devenir de las revueltas y los levantamientos, los líderes que llevaban adelante las independencias, descubrirían que la sola invocación del principio de autodeterminación de los pueblos no alcanzaba para legitimar su sucesión de la metrópoli. Tal es así, que la crisis del orden monárquico no tornaba evidente de un modo inmediato la idea del autogobierno de las naciones americanas.

Si bien las Cortes de Cádiz habían establecido que, en ausencia del monarca, la soberanía retrovertía en el pueblo, dicho principio dejaba aún indeterminado a qué pueblo se refería, cómo delimitarlo. Las nuevas autoridades revolucionarias, aun cuando gobernasen en nombre de Fernando VII, deberían poder justificar por qué una determinada sección del Imperio podía ser considerada portadora de una voluntad autónoma y separarse de la representación común expresada en las Juntas españolas (y luego en el Consejo de Regencia); en fin, por qué ciertas unidades administrativas – cualesquiera que éstas fueren – constituían auténticas naciones o reinos (Palti, 2006: 134).

De este modo, comenzaba un debate que tendría largo aliento en torno a los alcances y límites de las respectivas naciones.

Más allá de sus diferencias, los planteos de Anderson y Palti resultan enriquecedores para pensar la relación entre los criollos americanos y la metrópoli, aunque tienden a generalizar y, por consiguiente, a descuidar las diferencias que existían dentro del continente americano. Walter Dignolo, retomando los planteos de Du Bois, propone a la *doble conciencia* como el concepto que captura el dilema de subjetividades formadas en la diferencia colonial. De un modo más concreto, plantea que:

la conciencia criolla en su relación con Europa se forjó como conciencia geopolítica más que como conciencia racial. Y la conciencia criolla, como conciencia racial, se forjó internamente en la diferencia con la población afro-americana y amerindia. La diferencia colonial se transformó y reprodujo en el período nacional y es esta transformación la que recibió el nombre de *colonialismo interno*. El colonialismo interno es, pues, la diferencia colonial ejercida por los líderes de la construcción nacional (Mignolo 1993, 68).

Los criollos no negaban a Europa, ya que el verdadero objetivo era lograr ser americanos europeos, es decir, distintos de los amerindios y de los afroamericanos. Como resultado, se produjo un distanciamiento geo-políticos respecto de Europa, al mismo tiempo que se realizaba una diferenciación racial respecto de la población criolla negra e indígena. La conciencia criolla que se vivió como doble se reconoció, sin quererlo, en la homogeneidad del imaginario nacional y en el mestizaje como contradictoria expresión de homogeneidad. La formación del Estado-nación requería la homogeneidad más que la disolución y por lo tanto o bien había que ocultar o bien era impensable la celebración de la heterogeneidad.

En definitiva, más allá de la influencia de las formas previas de identidad y las proyecciones de la idea de patria según los diferentes ámbitos, la creación de un imaginario nacional no hubiera sido posible sin el proceso de invención de la nación, que se produjo recién a partir de la independencia.³⁰ Este mecanismo implicó la configuración, en el imaginario de la élite, de una serie de rasgos diferenciales que singularizaban a la propia patria más allá de los límites definidos por el territorio y la proyección institucional, estableciendo una distinción no ya del tronco inicial español, sino de los propios vecinos.³¹ Al mismo tiempo, la elite criolla debió integrar en ese imaginario a unas poblaciones caracterizadas por una heterogeneidad tal, que

³⁰ Es posible que esta idea, que evidentemente surge de un pensamiento sujeto a visiones europeas, deba ser matizada con el avance de investigaciones que tengan su centro en los criollos y su accionar antes del siglo XIX. Susan Kellogg llega a advertir, a través del análisis de imágenes de mestizaje, una identidad protonacional desde mediados de siglo XVII. Citado en Catelli (2010).

³¹ Eduardo Grüner resalta que uno de los rasgos característicos de las independencias latinoamericanas, y que servirá como eje en la futura definición nacional, es el protagonismo de las elites; “es decir de las nuevas burguesías coloniales que habían desarrollado intereses propios y localistas (...) Y sus intelectuales orgánicos, repitiendo forzosamente y en condiciones bien distintas el modelo europeo, se aplicaron a generar rasgos culturales nacionales allí donde no había habido *verdaderas* naciones en el sentido moderno del término” (Grüner 2003, 350). Las cursivas son del autor.

suponía no sólo la diferencia del color de la piel, sino también la convivencia de universos simbólicos disímiles. Sin embargo, como destaca Olivia Gall (2004) cuando analiza el caso mexicano, el emergente de esta necesidad de homogeneidad fue el racismo, y lo que es evidente – y podríamos extenderlo a muchos países de Iberoamérica – es que esta identificación colectiva que supone la nación genera indefectiblemente la exclusión de parte de la sociedad.³²

Este conflicto que contiene la necesidad de homogeneizar de los estados nacionales es tratado, y en cierta medida resuelto, por Carlos Jáuregui quien formula el *nacionalismo de emancipación*, el cual se transforma en una herramienta conceptual fundamental para comprender el accionar de los criollos y de los gestores de la nación durante el siglo XIX. Según este autor, para principios de siglo, las contradicciones económicas y políticas de las elites americanas con la metrópoli y sus alianzas simbólicas y económicas con el capital comercial y cultural de otras potencias europeas, marcan el tránsito de la conciencia criolla al *nacionalismo de emancipación*. Dice Jáuregui:

Por *nacionalismo de emancipación* me refiero a la producción ideológica de una identidad política autónoma y diferenciadora (primero de la metrópoli y luego de las otras naciones) que aspira a corresponder con la declaración de independencia y soberanía política e intenta interpelar a diversos grupos y sujetos mediante dos estrategias discursivas complementarias: 1) colocándose en discontinuidad con el Imperio español y estableciendo tradiciones diferenciadoras, o imaginando que esta comunidad tiene un pasado no sólo diverso (por ejemplo indígena), sino antagónico con el Imperio; y 2) mediante la resemantización de los tropos maestros de la definición colonial de América (buen salvaje y caníbal). En el proceso de producir una diferenciación radical con el Imperio, una buena parte de los discursos de la “Independencia” identifican como otro voraz, bárbaro y caníbal, opuesto a la Identidad nacional en ciernes; y colocan entre su genealogía al indio heroico del

³² El racismo como problema para América ha sido tratado por diversos autores que discuten el momento en que comienza a experimentarse en el continente y las consecuencias que esta situación ha generado. No es nuestra intención aquí extendernos sobre este tema, ya que implicaría todo un trabajo en sí mismo. Para ahondar en estas cuestiones se puede revisar, por supuesto, a Michel Foucault (1996). Además, Laura Catelli (2010) dedica extensas páginas del Capítulo I de su tesis doctoral en analizar las conclusiones de Foucault, por lo cual sería pertinente realizar ambas lecturas en conjunto.

pasado colonial. Los criollos se erigen, entonces, en sus herederos y vengadores (Jáuregui 2005, 350).

Lo interesante del planteo de Jáuregui a los fines de este trabajo es que matiza la exclusión que supone la construcción de la nación y pone cierto énfasis en los intentos de dirigir proclamas a indios y negros, con el fin de sumarlos o invitarlos a la Historia, al progreso y al comercio. Siguiendo su razonamiento puede verse cómo, junto con estos convites, surgen apropiaciones simbólicas de lo indígena con el fin de diferenciarse de la metrópoli, llegando a narrar el conflicto como la reparación histórica cometida en la Conquista. Sin embargo, tal como lo destaca el autor, estas suturas imaginarias al pasado son problemáticas... Como Bolívar reconocía, la composición étnica y social de los libertadores no definía lo claramente americano, ya que constituían un híbrido entre los legítimos propietarios de la tierra y sus usurpadores.

De todos modos, esta inquietud por parte de los criollos de recuperar la herencia indígena puede entenderse a partir del impacto que significaron las reformas borbónicas para este grupo social. Laura Catelli analiza esta coyuntura en relación al surgimiento de la pintura de castas, género que sería la expresión de un conjunto de pintores criollos que habría impulsado, en última instancia, la concepción moderna del mestizaje. En el marco de las reformas borbónicas, entonces, se produce

la exclusión definitiva de todo sujeto nacido en la colonia (discriminando a la vez por criollo, mestizo, indio, negro y mulato), de cargos militares, eclesiásticos, en la administración civil, y hasta de ciertos oficios de prestigio, cercenando así las posibilidades de ascenso social y político por vías oficiales de todo aquel que no fuera español nacido en la península. Si bien los mestizos, los indios, negros y mulatos habían sido consistentemente excluidos de esos espacios, los miembros de la élite criolla, que en general habían gozado de los privilegios de los estratos más elevados de la sociedad colonial, se hallaron profundamente afectados por las nuevas leyes (Catelli 2010, 199).

Esta nueva situación de los criollos los impulsó a buscar otras formas de acceso al poder político, llegando a construir redes de vínculos familiares con los inmigrantes españoles. Siguiendo el razonamiento de Laura Catelli, podemos advertir que con el paso del tiempo se llegó a generar un

espacio de poder extraoficial a través de alianzas basadas en la pureza de sangre, al mismo tiempo que comienza a expandirse un discurso identitario criollista, cuyas argumentaciones se centrarán en la lucha contra la mezcla de razas.

Lo que observamos mediante este discreto panorama es la complejidad que supone el análisis de la construcción de identidades nacionales en los territorios americanos que habían estado bajo el dominio español. Seguramente, y teniendo en cuenta la diversidad de los orígenes de su población, esta imagen se tornaría aún más caótica si hiciéramos alguna referencia sobre Brasil. De todos modos, lo que hemos venido desarrollando muestra en cierta manera el modo en que el accionar de los criollos resultó complejo, tanto por su situación de subordinación respecto de la metrópoli, como por su intención de generar y construir una homogeneidad confusa entre los pobladores de las ex colonias. Como resultado de este accionar no siempre conciente y consistente, nacen los estados nacionales, sujetos a lazos de pertenencia endebles y, por ende, con necesidad de crear imaginaciones duraderas que garanticen su permanencia.

Es por lo recién expresado que, con el avance de las guerras de independencia, los movimientos emancipadores tendieron a configurar un sistema de símbolos que propiciara el reconocimiento colectivo. José Emilio Burucúa y Fabián Campagne (1994) coinciden en la importancia de este proceso, reconociendo a las banderas, los escudos y los himnos como las creaciones más importantes, ya que se asocian tradicionalmente al ejercicio de la soberanía. Refiriéndose exclusivamente a los países del Cono Sur del continente, distinguen tres etapas en la historia de los *corpora* simbólicos asociados al surgimiento y a la consolidación nacional. Durante la primera, que abarca los años de las guerras de independencia y los primeros intentos de organización política de los nuevos estados (desde 1810 a 1830 aproximadamente), las élites criollas actuaron para crear un mundo de ideas que sustituyese al de la Monarquía Borbónica. Persiguiendo este objetivo, los revolucionarios concibieron un programa cultural que incluía la transformación de las fiestas urbanas y de las imágenes alegóricas del poder, para culminar en la adopción de los grandes emblemas³³: banderas, escudos y canciones patrias. La segunda etapa,

³³ Los autores aclaran desde el comienzo que utilizan el término símbolo de un modo más bien general, mientras que con *emblema* se estarían refiriendo a un “conglomerado heterogéneo de representaciones figurativas y literarias, en proporciones variables, destinado a evocar sintéticamente un complejo de creencias, nociones y sentimientos” (Burucúa & Campagne 1994, 351).

que se inicia en 1830 y culmina en 1860, está caracterizada por el despliegue de una nueva conciencia histórica, empeñada en ser lúcida y racionante, dando como resultado una corriente reflexiva, crítica y racional, que confluyó con la metafórica e icónica que venía desplegándose desde el ciclo anterior. Finalmente, el ciclo concluye con la etapa monumental, momento culminante en la formación del sistema ideológico simbólico de las naciones sudamericanas, ya que al mismo tiempo que la historiografía alcanzaba una madurez equiparable a la de las culturas europeas, no se abandonaba la actividad mitopoiética, la cual, por otro lado, se mostraba especialmente fértil en la recreación artística del espacio urbano.

Como bien lo exponen los autores a lo largo de su trabajo, estas tres etapas resultan conflictivas al momento de conciliar (o no) lo intrínsecamente americano – es decir, la influencia estética indígena – con lo admirado europeo. En estas condiciones, la definición de los símbolos nacionales de los futuros países de América Latina estuvo sujeta a esta problemática disyuntiva simbólica. Centrándose en la definición de los símbolos soberanos, escudos banderas e himnos, los autores destacan la conjunción de rasgos indígenas con algunos europeos republicanos instaurados más visiblemente a partir de la Revolución Francesa. Cabe destacar, entonces, que esta relación con Europa, muchas veces de admiración hacia lo civilizatorio, es otro rasgo compartido por los países americanos que habían sufrido, paradójicamente, los maltratos humillantes de sus metrópolis europeas.

Palabras de cierre

Partiendo de supuestos teóricos generales, intentamos arribar al modo concreto – mediante la definición de símbolos y otros mecanismos de consolidación lazos de patriotismo – en que los gestores de la nación buscaron construir identidades colectivas en clave nacional. En líneas generales, lo que hemos propuesto en estas páginas es una relectura y una reactualización de la problemática construcción de identidades nacionales en América Latina. Una de las cuestiones fundamentales a rever se relaciona con las teorías a las que recurrimos al tratar este tipo de cuestiones. En este sentido, hemos intentado incorporar miradas que se alejan de Europa y ensayan análisis que incorporan la visión desde la “periferia” del centro dominante. Al decir de

Walter Mignolo, lo que necesitaríamos no sería la formulación de otro paradigma, sino de un *paradigma otro* que cuestionara y rompiera lo hasta aquí producido.

Más allá de esta intención, reconocemos que nuestro trabajo evidencia ciertas limitaciones, algunas por una cuestión de espacio y otras por desconocimiento o descuido. Por un lado, como mencionamos al comienzo del recorrido, hemos privilegiado el siglo XIX, quizás descuidando el período en el que se configuran las estrategias de dominación colonial que tenderán a marcar la construcción de identidades nacionales, problema central de nuestra propuesta. Como bien lo plantea Catelli, es fundamental entender y conocer el recorrido de las colonias americanas entre 1492 y 1794, entre la llegada de Cristóbal Colón y la Revolución haitiana.

Por otra parte, hemos puesto énfasis en los criollos de entre los muchos sectores y grupos sociales que participaron en la construcción de las identidades nacionales americanas. En este sentido, el trabajo resultó injusto e irrespetuoso con los pueblos originarios rebeldes que siempre intentaron mantener sus identidades, con los negros olvidados del Río de La Plata y negados o silenciados en muchas zonas del continente, con los mulatos y mestizos, cuyos cuerpos son una evidencia concreta de los mecanismos de dominación.

Nuestro recorrido entonces, con las falencias o ausencias que marcamos, intenta sumarse a los trabajos que se vienen realizando a partir de una perspectiva de análisis que contiene las particularidades del continente americano como un espacio marcado por la dominación colonial.

La *colonialidad* es el rastro que intentamos seguir para determinar las circunstancias en las que se conforman las identidades nacionales en América. Reconocemos que no hemos agotado la discusión en estas páginas, pero pretendemos haber aportado al debate para que estas cuestiones se sigan discutiendo, porque creemos que una relectura de los problemas americanos a partir de nuevas bases teóricas es fundamental para cuestionar las identidades impuestas desde la conquista.

Bibliografía

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE, 2007.

Bertrand, Michel. “Sobre los fundamentos de la identidad nacional mexicana contemporánea: los debates en torno al mestizaje” En: *Anuario del IEHS n° 20*, Facultad de Ciencias humanas, UNCPBA, Tandil, 2005.

Burucua, José Emilio & Campagne, Alejandro. “Los Países del cono Sur”, En: Annino, A., Castro Leiva, L. & Guerra, F. X, *De los ingenios a las naciones*, Ibercaja, Zaragoza, 1994.

Casás Arzú, Marta. “De la incógnita del indio al indio como sombra: el debate de la antropología guatemalteca en torno al indio y la nación, 1921 – 1938” En: *Revista de Indias*, Vol. 65, N° 65, 2005.

Catelli, Laura. “Arqueología del mestizaje: colonialismo y racialización en Iberoamérica”. Tesis doctoral, Universidad de Pennsylvania, 2010.

Chiaramonte, José Carlos. “Nación y nacionalidad en la historia argentina del siglo XIX”, En: NUN, José (compilador), *Debates de Mayor. Nación, cultura y política*, Gedisa, Bs. As., 2005.

Foucault, Michel. *Genealogía del racismo*, La Plata, Editorial Altamira, 1996.

Gall, Oliva, “Identidad exclusión y racismo: reflexiones teóricas sobre México” En: *Revista mexicana de Sociología*, Vol. 66, N° 2, 2004.

Grüner, Eduardo. “La rama dorada o la hermandad de las hormigas. La “identidad” argentina en Latinoamérica: ¿realidad o utopía? ” En: BORON, Atilio (Comp.), *Filosofía política contemporánea. Controversias sobre civilización, imperio y ciudadanía*. CLACSO, Buenos Aires, 2003. Disponible en la web: www.clacso.org.ar/biblioteca

Hobsbawm, Eric, “Nación, Estado, etnicidad y religión: transformaciones de la identidad”, En: *16 Anuario*, Segunda Época, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Arte, UNR, Rosario, 1993-94.

---. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 2004.

- Jáuregui, Carlos, “Guardarrope histórica y simulacros de alteridad: salvajes y caníbales en los relatos nacionales” En: *Canibalia: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2005.
- Manero, Edgardo, “Construcción de identidades y conflictos sociales en la América Latina del desorden global. La cuestión nacional: un palimpsesto de la memoria política”, En: *Anuario del IEHS n° 20*, Facultad de Ciencias humanas, UNCPBA, Tandil, 2005.
- Mignolo, Walter. “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la Modernidad” En: Lander, Edgardo (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires, 1993.
- . “Un paradigma otro” En: *Historias locales / diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Akal, Madrid, 2000.
- Palti, Elías. *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, FCE, 2006.
- Quijada, Mónica. “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX” En: *Cuadernos de Historia Latinoamericana. Imaginar la nación.*, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, N° 2, 1994.
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder y clasificación social”. En: *Journal of world systems research*, VI, N° 2, 2000.
- Rojas, Rafael. “Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98”. *Historia mexicana*, abril / junio, Año / Vol. XLIX, N° 004, El Colegio de México, A.C, Distrito Federal.
- Rotker, Susana. *Cautivas: olvidos y memoria en la Argentina*. Ariel, Buenos Aires, 1999.
- Solomianski, Alejandro, “Colonización y escritura: representaciones” En: *Identidades secretas: la negritud argentina*. Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2003.